

Albert O. Hirschman (2014), *LAS PASIONES Y LOS INTERESES: argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Centenario Albert Hirschman, Capitán Swing, Madrid, (240 pp.), ISBN -978-84-942213-0-9

Ignacio Cazcarro Castellano¹

Miembro del grupo de estudios metropolitanos A Zofra

Post-doc en el Departamento de Economía en Rensselaer Polytechnic Institute

Las pasiones y los intereses, publicado por primera vez en inglés en 1977, vuelve a publicarse en castellano (había dos ediciones, de 1978 y 1999, ya con la traducción de Joan Solé). Si lo puedo interpretar como creciente apuesta y/o interés por (re)leer, rescatar o (re)descubrir la obra y reflexiones de Albert Otto Hirschman, creo, entonces, que es una magnífica noticia. Para mí, este autor representa el ejemplo de una vida y un pensamiento apasionantes; sus ideas, muy sugerentes y argumentadas, fueron originales, heterodoxas y plurales. Autor de catorce libros en inglés (traducidos a varios idiomas y normalmente al castellano), así como infinidad de artículos, trató temas como el desarrollo, las retóricas de la intransigencia, la sociedad de mercado, la acción colectiva y, en general, la historia del pensamiento. Sus frecuentes "incursiones" en otras disciplinas de las ciencias sociales, combinan la economía, la ciencia política, la sociología o la historia.

Su permanente búsqueda por comprender los acontecimientos sociales y hallar racionalidades ocultas, luchar contra los totalitarismos, defender el "posibilismo", encontrar carencias en los análisis ortodoxos, revisar conceptos, o ser "autosubversivo", le han llevado a ser uno de los autores con mayor originalidad, formación, e interés; especialmente para el lector con inquietudes intelectuales y socio-políticas, lo cual quizá se entiende aún mejor repasando algunos hitos de su interesante vida.

Tras haberse formado y apoyado actividades antifascistas en Francia e Italia, y después emigrado a EE.UU., los años que vivió en Colombia, hicieron de Hirschman un experto en el campo de la economía del desarrollo, destacando sus obras de ese periodo. *Las Pasiones y los intereses*, sin embargo, se encuadra dentro de otro tipo de escritos, como lo fueron *Salida, Voz y Lealtad* o, ya posteriormente, *Retóricas de la intransigencia* (1991). *Las pasiones y los intereses* es un claro ejemplo de historia del pensamiento, en el que se pone de manifiesto el amplio bagaje de Hirschman y su capacidad para desarrollar ideas con una visión diferente. Como se decía en el nº 15 de la REC *recordando a Albert Hirschman*, se trata de uno

¹ cazcai@rpi.edu

de esos economistas no fácilmente clasificables, como pudieran ser John K. Galbraith, Kenneth Boulding y Amartya Sen (o quizá los en otras ocasiones citados en la REC, Thorstein Veblen, Karl Polanyi, y otros "incómodos"² como Richard Goodwin).

Si como claves para entender el desarrollo del capitalismo, Karl Marx apreció la relación con las libertades burguesas o la conversión del trabajo en mercancía; Max Weber llamó la atención sobre el protestantismo, y Karl Polanyi habló de medidas e instituciones, como fueron los cercamientos, las leyes de pobres, de granos o los gremios y sindicatos; Albert Hirschman en *Las pasiones y los intereses* nos cuenta una interpretación de la transformación ideológica de los siglos XVII y XVIII de la que emergió el capitalismo. Cuenta Hirschman como se optó por "aprovechar las pasiones en vez de simplemente reprimirlas"; disciplinándolas, transformándolas en un factor constructivo al servicio del bien general a través del proceso "civilizador". Este rol de contener las pasiones rebeldes y devastadoras del ser humano se le asignó a los hasta entonces reprobados (e.g. la avaricia) intereses materiales, por ver en ellos posibles cualidades como las de ser uniformadores, previsibles e incluso inocuos.

Como ocurre frecuentemente en sus escritos, Hirschman desarrolla la defensa de una tesis sugerente y provocadora a través de la reflexión y la historia del pensamiento (Montesquieu, Sir James Steuart, Adam Smith, etc.). De alguna forma Albert O. Hirschman parece advertirnos que el capitalismo se presenta en ocasiones como un nuevo orden, resultado de un cambio categórico, e incluso, a veces, resultado de un inevitable cambio hacia un orden natural o racional. Pero, ¿no podría ser que el capitalismo fuera preludiado e incluso justificado previamente, por ciertos pensadores a los que las ciencias sociales debieran prestar más atención?

PRÓLOGO Y PREFACIO

El propio Amartya Sen realiza el prólogo del libro y lo describe como una breve monografía del pensamiento económico. Nos anticipa la línea de razonamiento –que investiga Hirschman–, que justifica la consolidación del capitalismo defendiendo que "activaría ciertas tendencias humanas benignas a costa de ciertas otras malignas". Entre los supuestos de comportamiento de la teoría económica que muestran está el de la persecución del interés propio. Sen, sin embargo, advierte que hay que ser cautelosos ante la defensa fervorosa de esos supuestos, dado que hubo otros argumentos y teorías sobre los fundamentos del capitalismo, presentados en el libro, que han tendido a olvidarse. Sen concluye el prefacio introduciendo la idea, que entenderemos en la parte tercera del libro, de los "efectos buscados pero no realizados", con un argumento que invierte el de Smith, Menger o Hayek de "efectos no buscados de las acciones humanas".

Por su parte, en el prefacio, Hirschman confiesa que en este libro no pretende ser autosubversivo con posiciones contrarias a las adoptadas previamente (como sí hizo en otras ocasiones), sino que el objetivo es ampliar argumentos presentados posteriormente en otros textos³.

PRIMERA PARTE

La primera parte nos cuenta cómo los *intereses* (supuestamente racionales, previstos e inofensivos) fueron llamados a contrapesar las *pasiones* (supuestamente irracionales, indisciplinadas y nocivas). Durante el siglo XVII se creía que la filosofía moralizadora y los preceptos religiosos no eran suficientes para restringir totalmente las pasiones destructivas de los hombres. Como alternativas, surgió la confianza correctiva del Estado para reprimir las pasiones (Hobbes) y, por otro lado, la visión de aprovecharlas para el bien general (Blaise Pascal, Giambattista Vico, Bernard Mandeville, Adam Smith, G. W. Friedrich

² Recordaba A. Barceló (2012), REC 13, Screpanti y Zamagni (1997) situaron como "Cuatro economistas incómodos" a Nicolás Georgescu-Roegen, John K. Galbraith, Richard M. Goodwin y Albert O. Hirschman.

³ En "The concept of interest: From euphemism to tautology" y sobre todo en la conferencia "Rival views of market society", ambos refundidos en "Rival views of market society and other recent essays" (1992).

Hegel...). Por la naturaleza misma de los seres humanos inquietos, apasionados y compulsivos, estas soluciones no surtieron efecto, surgiendo, así, una tercera vía: las de las pasiones que sustituyen a otras más peligrosas, redundando en el beneficio general. Spinoza fue quien señaló esta idea, sin pretensión alguna de trasladarla a la moral práctica o la política. Bacon, Hume, Mandeville o Helvecio se refirieron a esta pasión compensatoria, utilizando, este último, la noción de "interés" para designarla. Finalmente, de Hamilton o Madison, se obtiene una guía para la separación de poderes y la posibilidad de "contrarrestar ambición con ambición". Así, las nuevas formulaciones abogaron por los efectos favorables de guiar los comportamientos (tanto privados como públicos) siguiendo los intereses -cada vez más centrados en lo económico- oponiéndolos a lo calamitoso de las pasiones. Esta oposición que -cree Hirschman- apareció por primera vez en un escrito de Henri de Rohan⁴, se utilizó profusamente, y el interés propio sirvió para explicar la naturaleza humana, una vez juzgada destructiva la pasión e ineficaz la razón.

Una de las ventajas del supuesto de uniformidad en la naturaleza humana (una naturaleza humana uniforme en la que el interés es una motivación dominante) era su carácter previsible, ventaja especialmente predominante cuando se combinaba con las actividades económicas, pues se esperaba que se crearían comunidades más cohesionadas (por ejemplo el aumento de comercio exterior disminuiría las guerras). Frente a la inconstancia de los comportamientos apasionados, que podían llevar al pesimismo, cuando se trataba de crear un orden social (Maquiavelo, Hobbes, Locke), con la persecución del interés se esperaba que los hombres fueran perseverantes y metódicos. Esta idea ayuda a entender la identificación de este interés con la pasión del amor hacia el dinero, que tanto intrigara a Hume, Montesquieu o al Dr. Johnson. Además -nos hace notar Hirschman- leyendo a Georg Simmel, encontramos observaciones reveladoras que hacen ver "la inmunidad" del dinero frente al desencanto, cuando su acumulación se convierte en un fin. Así pues, el "obstinado" deseo de ganancia se convierte en la virtud de la constancia, con una cualidad adicional: la inocuidad.

Esta característica fue poco estudiada anteriormente, pues, a pesar de la valoración positiva general del "amor por la ganancia", el ideal aristocrático del XVIII desdeñaba, en cierto modo, las actividades lucrativas. Así su influencia en grandes logros o cambios se consideraba menor. La adquisición de riqueza conducida racionalmente, empezó a ser vista como una pasión *tranquila*, que, al mismo tiempo, era fuerza para sustituir a otras turbias (aunque débiles). En esta narrativa, la ventaja era un mundo gobernado por el interés. Su predictibilidad frente al capricho de las pasiones, favorecía el orden social. Para Hume, mientras que pasiones como la envidia y la venganza son transitorias, el amor de ganancia es universal.

SEGUNDA PARTE

La segunda parte desarrolla la explicación de cómo se esperaba que la expansión de la economía pudiera mejorar la política. El movimiento a favor de las actividades lucrativas tuvo una larga tradición en el pensamiento europeo del XVII y XVIII. Sin embargo, la "tesis de intereses frente a pasiones" es poco conocida por dos factores. Adam Smith abandonó la distinción, al centrarse en los beneficios de la ganancia privada, olvidando los desastres que evitaba y, además, esta tesis fue desapareciendo paulatinamente, por la dificultad intrínseca de narrarla. Así, las propuestas y opiniones no se articularon claramente (formaba parte de lo que Polanyi llamó la "dimensión tácita"). Este rasgo, según Hirschman, es aplicable a Montesquieu, James Steuart, John Millar; y a los fisiócratas o al propio Smith, con similares premisas y preocupaciones, pero con soluciones diferentes.

En ese recorrido docto de pensadores, Hirschman nos descubre que Montesquieu, como se refleja en el *Esprit des lois* (1748)⁵, ya vio virtudes en el comercio (amabilidad, dulzura) y en sus corolarios (letra

⁴ "El interés no mentirá" señaló Henri de Rohan (1638) en "*L'intérêt des princes et États de la chrétienté*".

⁵ Al final del libro se halla la cita que Hirschman utiliza en el inicio de este: "Es una suerte para los hombres estar en una situación tal, que les interese no obrar con maldad, aunque sus pasiones les inviten a hacerlo".

de cambio, arbitraje,...), para inhibir las pasiones y acciones "malvadas". En los escritos de James Steuart encontramos eco de las ideas del francés, así como su observación sobre el aumento de poder del reino -y por tanto del *príncipe*- gracias al comercio. En línea con sus colegas escoceses, David Hume y William Robertson, Steuart apreció que -por la complejidad de la "economía moderna"- el comercio reforzaba la posición de "la media común de los hombres" a costa de las élites. John Millar, con un enfoque bastante complementario, más que centrarse en la constricción y sanción al gobernante, habla de la capacidad de ciertos grupos sociales de actuar colectivamente contra la opresión y mala administración.

Una reflexión que probablemente da para analogías y enseñanzas de suma actualidad -nos cuenta Hirschman-, pues Millar pensaba que la acción colectiva servía para que las pasiones del *príncipe* no prevalecieran sobre el interés de la economía en expansión.

Los fisiócratas y Smith no se sumaron a este razonamiento y contribuyeron a su desaparición, a pesar de que compartieran visiones como la de la necesidad del freno al progreso de las políticas arbitrarias y onerosas del Soberano.

La idea de *economía* como máquina compleja e independiente de la voluntad de los hombres fue una de las aportaciones más importantes de los fisiócratas. Quesney y Mirabeau denostaron las cualidades del comercio y la industria suponiendo que mercaderes y banqueros retornarían en cierto modo al modelo medieval, de ahí que, según Hirschman, el problema de la organización política en las "sociedades agrícolas" continúe sin resolverse. Para los fisiócratas y Smith, la expansión económica no era el medio que permitiría alcanzar la desaparición de las conductas onerosas de los políticos. Los primeros fueron favorables a un nuevo orden político, que asegurara las correctas economías políticas (del modo en que las definían). Smith, más modestamente, apuntaba a cambiar políticas específicas, diciendo, a su vez, que el progreso político no es pre-requisito para el progreso económico. Así, consideró dañinas algunas de las consecuencias del comercio, alabadas por los fisiócratas, al tiempo que sostuvo que la ambición y el ansia de poder podían ser satisfechas con la mejora económica.

TERCERA PARTE

La tercera y última parte del libro habla de los argumentos recientes, aducidos a favor del capitalismo y muestra su distancia con aquellos que, en su día, lo motivaron: los argumentos que se presentan en el libro y que tienden a ser olvidados. Hirschman nos recuerda que Ferguson y Toqueville vieron necesario introducir constricciones y represiones para el príncipe y el pueblo, para que el "reloj delicado" de la economía moderna funcionara correctamente. Disintieron de Montesquieu y Steuart en identificar que la persecución del interés material pudiera ser buena para el espíritu cívico, pues, para ellos, no era claro que quedara, así, inmunizado contra las pasiones. Esta idea de la inocuidad, no fue abandonada hasta que la realidad dolorosa del desarrollo capitalista mostró lo contrario. Ante los impactos *creados por el interés material* -reconoce Hirschman- la doctrina que nos cuenta *Las pasiones y los intereses* parece irreal. Apunta Hirschman que el principal argumento político moderno en favor del capitalismo, motivado por la comparación entre naciones capitalistas y socialistas, que hoy se asocia a autores como Mises, Hayek o Friedman, fue propuesto nada menos que por Proudhon en el siglo XIX: la gran fuerza de la propiedad privada (a la que consideraba una ilimitada fuerza revolucionaria) compensaría el "igualmente aterrador poder" del Estado.

La línea de razonamiento seguida puede parecer extravagante, pero para Hirschman ahí reside gran parte de su interés y valor. "Es precisamente porque su rareza sorprende al pensamiento contemporáneo por lo que puede arrojar cierta luz sobre las circunstancias ideológicas, todavía desconcertantes, del surgimiento del capitalismo". Mucha más atención ha recibido la tesis de Weber sobre la ética protestante,

que afirma que la difusión de formas capitalistas se produjo indirectamente por la búsqueda de salvación individual. Pero para Hirschman, sin contradecir a Weber, puede también ser válida su tesis de que la expansión del comercio y la industria fue celebrada por la clase dirigente; por *los guardianes* de la "estructura del poder"⁶.

Para ver en qué medida hemos olvidado las ideas analizadas, podemos pensar en una de las mayores críticas del capitalismo, su rasgo represivo, que inhibe la "plena personalidad humana" (e.g. para quienes lo entienden como alienación, o para quienes reflexionan sobre el "fin de las ideologías" con su advenimiento, encontrándose por tanto en mayor o menor medida en un gran espectro de teorías marxistas, post-marxistas, de Marcuse y otros miembros de la Escuela de Frankfurt, Fredric Jameson, etc.). Este rasgo tan denostado desde algunas de estas corrientes –expone Hirschman– es precisamente lo que se suponía el capitalismo lograría, al hacer al individuo más "unidimensional", y reprimir ciertas tendencias (pasiones impredecibles) –que provocarían cierta nostalgia en Fourier, Marx, Freud o Weber. Muchas de las ideas en defensa del capitalismo de autores como Keynes o Shumpeter fueron muy similares a las del Dr. Samuel Johnson y otras figuras del XVIII, y a las de Ferguson y Tocqueville; y según Hirschman con menos conocimiento de lo enredado del problema que el de estos autores o del cardenal de Retz –que había concebido el interés como "amor a sí mismo" que atempera las pasiones.

Concluye Hirschman que tanto críticos como valedores del capitalismo argumentarían mejor conociendo el episodio narrado en libro de la *historia de las ideas*, pues serviría para elevar el nivel de debate. No puedo sino coincidir plenamente con él en esta conclusión. Además, recomendaría también otros de sus textos de historia de pensamiento económico⁷, e interpretaciones de sus reflexiones⁸. Hirschman, por su forma de cuestionar argumentos generalmente aceptados, incluso los suyos propios, planteando interpretaciones alternativas, hace muy útil su lectura como "economía crítica", cuestionándonos la validez de conjuntos de ideas o medidas que aceptamos por inercias o por provenir de una corriente o grupo afín.

⁶ Hay una diferencia más entre estas dos corrientes de ideas: Weber halló una importante paradoja acerca de los "efectos no buscados de las acciones humanas" (como Vico, Mandeville y Smith), mientras que Hirschman, como destaca Sen en el prólogo, cree que, aunque pueda ser más complicado, también es necesario descubrir las esperanzas que no se realizaron para hacer comprensible el cambio social.

⁷ Entre los que encuentro más brillantes estarían "Salida, Voz y Lealtad" (1977), "Interés Privado y Acción Pública" (1986), "Retóricas de la Intransigencia" (1994) o "Tendencias Autosubversivas" (1996).

⁸ Por ejemplo Lluch nos presentó "Alabanza de Albert O. Hirschman" (1992) y "El trasmundo de un disidente" (1993); y en "Cuatro comentarios a la obra de Albert O. Hirschman" (1993) encontramos herramientas y concepciones hirschmanianas para ilustrar reformas económicas y políticas en España.